



ADMINISTRACIÓN: Noblejas, 5, principal.

La correspondencia al editor, D. CÁNDIDO GARCÍA. DIRECTORA: Doña Faustina Sáez de Melgar.

SUMARIO

La envidia, por Faustina Sáez de Melgar.—Al Guadalquivir (soneto), por A. Alcalde y Valladares.—Las plantas, por Jesusa de Granda y Labín.—La pascua de Resurrección.—Pensamientos.—Explicación de los grabados, por Ana Ruiz.—Charada.—Jeroglífico.—Solución á la charada y fuga de vocales del número anterior.—HOJA DE LABORES.—LITERATURA AMENA: La entrada en Jerusalén.—Historia natural (carta de la curruca al ruiseñor), por Faustina Sáez de Melgar.—Lecciones geográficas, por F. S. de M.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

LA ENVIDIA

La envidia es un veneno corrosivo que hace de la criatura una víbora maligna y despreciable.



oy á ocuparme, con disgusto mío, de esta ruin pasión que busca su morada en los corazones pequeños, y digo con disgusto, porque me es mucho más grato hablar de los instintos nobles y bellos; pero como todos los cuadros necesitan ese claro oscuro indispensable para los contrastes, mis artículos sobre la educación deben también

comprender los vicios y las virtudes del bello sexo, para escarmiento los unos y para ejemplo las otras, que si bien tiene muchos de aquéllos, no carece tampoco de éstas la mujer de nuestros días, que es un conjunto de buenas y malas cualidades.

Este defecto cruel que se presenta en los niños antes que ningún otro, es el que más pronto corrompe los buenos instintos, pervierte el corazón y marca su nefanda huella en el rostro de la criatura.

Cuando veáis una fisonomía inexpressiva, pero sarcástica, unas mejillas prominentes y angulosas, unos ojos de mirada recelosa y viva y de color, por lo general, azulado claro ó grises, allí está la envidia. Instantáneamente marcan su sello poderoso en el rostro de la persona cuyo corazón domina; la envidia se revela siempre; es como el sol, que aun velado entre nubes cenicientas alumbraba y manda á la tierra su calor benéfico; así la envidia envía á los mortales el rayo de su intemperancia y de su ira envuelto, por lo general, en el dardo venenoso de la calumnia.

Se apodera del corazón y reina en absoluto esta ruin pasión en el sexo débil

más que en el fuerte, seguida por un séquito de inclinaciones mezquinas, miserables y bastardas. Aleja con mano firme todas las cualidades buenas, y queda sola cuando ha llegado al apogeo de su dominio, para hacer del ser desdichado que la posee un ente abyecto, ridículo y despreciable en el más alto grado.

Sus impresiones son fatales, pues donde otros encuentran hermosura ella ve fealdad; donde otros hallan bondad, ella ve hipocresía; á la modestia llama vanidad calculada; al genio, destellos pasajeros de una imaginación viva; á la elegancia, vanidoso alarde del orgullo; por último, cuando todos se muestran ella se esconde, cuando todos hablan ella calla.

Tal es la envidia, negro borrón que imprime la mano de Satanás en el inocente corazón del niño.

Madres previsoras, madres amantes de vuestros hijos, bienhechoras de la humanidad, uníos á mí, levantad la voz con la mía y acudamos á cortar en la niña ese perverso instinto; ayudadme á borrar ese sello de reprobación antes que se marque, antes que adquiera preponderancia, antes que forme alianza con la soberbia, y, cegando la inteligencia, se apodere por completo del alma, sofocando los buenos instintos y destruyendo la preciosa semilla de la bondad, los ricos gérmenes del bien, de la inocencia y del candor, que son el patrimonio exclusivo de la niñez antes de sentirse herida por el aguijón venenoso de la nefanda envidia.

Cuando un niño se ha hecho envidioso le vemos huraño, macilento y triste; codicia todo lo que no tiene y siempre encuentra en los demás alguna cosa que admirar, disgustándole cuantos objetos son de su propiedad. Esta ansiedad continua le hace estar en perfecta lucha con sus propios instintos, y nunca puede ser feliz, porque á medida que avanza en la carrera de la vida, crecen los ímpetus de su satánica predisposición, y llega á sentir una desgracia inmensa, enervándose los sentidos hasta destruir por completo los gérmenes de la inteligencia, pues el fatal anhelo de codiciar todo lo ajeno embota á veces el entendimiento por brillante que sea.

Ningún talento claro y despejado puede sospechar ni remotamente que haya en su mismo cargo ó profesión quien le ha-

ga sombra; cada uno brilla con su propia luz; cada uno tiene su distintivo, su carácter especial que le distingue de los demás, y todos caben en la humana esfera, sin que amengue el valor de los unos la elevación de los otros.

Esto no pueden conocerlo los envidiosos; se creen oscurecidos, humillados, cuando otros sobresalen en su presencia, declarándose por este sólo motivo un odio mortal y empleando para rebajar el mérito ajeno que les mortifica el arma infame de la calumnia.

La mujer envidiosa no puede reproducir la viveza de su sentimiento y descubre su falta inmediatamente. Quisiera ser sola en el mundo y declara guerra á muerte á toda la que vale más que ella, haciéndose por este motivo tan odiosa y antipática, que ni en su misma familia encuentra afecto y simpatía.

Y en verdad que no debe haber criaturas más desgraciadas en la tierra; ellas no hallan instante completo de satisfacción, y no pasa día sin que sientan la mordedura venenosa del áspid que las roe las entrañas. La dicha ajena las da celos, el engrandecimiento de sus amigos las exaspera, y los elogios que oyen tributar á los extraños las ponen de un humor insoportable.

Hasta concluye por renegar de su sexo la que en todas partes va dejando el veneno de su envidia, recibiendo en cambio la animadversión y el desprecio general. Viven estas pobres mujeres aisladas, sin consideraciones, sin aprecio, siendo el tormento de sus familias y causándose á sí propias la desgracia, porque todo lo ven con los negros colores del prisma que las envuelve, y en vez de hallar risueños y puros placeres, sólo venen torno suyo tétricos desengaños y falsos amigos, que huyen apenas pretenden poner á prueba su amistad.

La vida de la envidiosa es un tormento, porque no tiene enmienda; solamente consigue con el tiempo disfrazar su maquiavelismo aprendiendo á herir mejor y con dardo más seguro.

He aquí demostrados los efectos de esa pasión bastarda; las madres de familia deben comprender sus funestas consecuencias, y cumpliendo su importante misión sobre la tierra, encaminen sus esfuerzos á desarraigar en la niñez esa ma-

la semilla que ha de turbar la paz de sus hijos, haciendo sobremanera desgraciados á estos seres pedazos de sus entrañas. Con un poco de atención en los primeros años se corrigen este y otros defectos. La religión es la base de la vida moral, como la educación lo es de la social. Incúlquense en la niñez ambos principios; háganse respetar sus preceptos, y las madres habrán conseguido un gran triunfo sobre el genio del mal que se cierne en torno de nuestra flaca naturaleza.

Después de lo expuesto, muy poco nos queda que decir; sin embargo, aun echaremos una ojeada por el campo social, sin que se nos escapen los signos infalibles de la infernal serpiente que puso la manzana de la discordia en las inocentes manos de nuestra primera madre Eva por envidia de su felicidad.

Este fué el primitivo origen de tan ruin pasión, y desde los primeros tiempos estamos viendo los funestos efectos de ese mal tan arraigado por desgracia en

la humanidad, más visible en la mujer, pero no exento del hombre, en el que su influjo es más notable y de más fatales consecuencias, porque domina hasta en política y puede á veces trastornar los Estados y causar honda perturbación en los pueblos.

Empero nuestra misión está reducida al sexo bello; dejemos al feo con su fealdad y sus defectos, mayores aún, si se examinan, que los de las mujeres, y limitemonos en lo posible á perfeccionar la educación moral de la mujer, inspirándola un amor profundo y sincero á la instrucción y á la cultura que ha de elevarlas hasta el hombre y que ha de dar luz á sus almas, hoy sumidas, por lo general, en las tinieblas de la ignorancia, sobre todo en nuestra atrasada España.

FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.



Núm. 1.—Vestido de interior.



Núm. 2.—Traje de paseo.



Núm. 3.—Grupo de niñas.

AL GUADALQUIVIR

SONETO

Con los recuerdos de mi edad primera,
Que nunca mueren en el pecho mío,
Vuelvo hoy á verte, cristalino río,
Y de nuevo á gozar en tu ribera.

Mas cuando siento con veloz carrera
Pasar la vida en mi dolor impio
Y desmayar el alma bajo el frío
De su triste y marchita primavera,

Quiero que sepas que mi amor no olvida
Que fuiste su embeleso desde niño
Y lo serás hasta acabar mi vida,

Y que al morir el sol de mi fortuna
Anhelo como emblema de cariño
Mi sepulcro encontrar junto á mi cuna.

A. ALCALDE Y VALLADARES.



Núm. 4.—Traje de paseo.

LAS PLANTAS



Queridas lectoras: Sin consultaros sé que amáis las plantas y las flores y que su vista os alegra y entretiene. Por este motivo quiero hoy tratar de las plantas indicándoos algunos de los beneficios que os proporcionan.

Las plantas respiran como los animales, y respirando absorben y consumen en gran cantidad un gas, es decir, un cuerpo gaseoso, que nuestros pulmones exhalan ó arrojan al exterior, y que es en extremo nocivo para nuestra economía.

Este gas es el ácido carbónico que respirado por nosotros en gran cantidad nos asfixiaría y en pequeñas proporciones envenena nuestra sangre y produce y determina una porción de enfermedades y padecimientos.

Las plantas exhalan en los movimien-



Núm. 5.—Sombrero
para niñas de dos á cuatro años.

tos de su respiración el oxígeno, un gas que no es de absoluta necesidad para la vida. ¿Comprendéis ahora por qué es tan saludable el paseo por alamedas llenas de plantas y arboleda?

Estas plantas os roban lo que puede haceros mucho mal, el ácido carbónico, y os regalan con profusión lo que necesitáis para la vida, el oxígeno.

¿No es verdad que esto les hace acreedoras á nuestra gratitud y nuestra protección?

Y ya que de este asunto tratamos también debéis saber que durante las horas de calor y de las de solaz, la planta respira con más actividad, tomando en cantidad mayor el ácido carbónico y exhalando también más oxígeno.

En la obscuridad y durante las bajas temperaturas, la planta es menos activa, hasta el punto de que de noche apenas funciona; con la particularidad de que toma el aire que constituye la atmósfera y le almacena en sus hojas, para después, de día, arrojar el oxígeno puro y tomar el ácido carbónico. Esta es la razón por la que la higiene recomienda el paseo de día por donde haya vegetales y prohíbe encerrar las plantas en las habitaciones durante la noche.

No es este el único beneficio que á las plantas debemos. Ellas nos sirven en su mayoría de nutritivo y sabroso alimento; ellas templan los rigores de la atmósfera que constantemente purifican; ellas saturan el ambiente con regalados aromas y recrean nuestra vista con sus inimitables formas y sus múltiples colores; ellas alfombran los campos y visten las praderas; ellas, en fin, nos muestran la grandeza de Dios y son constante prueba del infinito amor que nos profesa. ¿Cómo no amarlas como á nuestras bienhechoras? ¿Cómo no respetarlas y cuidarlas si, cual la bondad suprema, han de volvernos centuplicados nuestros beneficios?

JESUSA DE GRANDA Y LABÍN.



LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

EN ORIENTE Y OCCIDENTE

I

La pascua de Resurrección en Jerusalén.

Después de las grandes y patéticas ceremonias de la semana santa, llega por fin la magnífica y alegre fiesta de pascua de Resurrección, que se verifica en la iglesia del Santo Sepulcro, y que, según el P. Geramb, pudiera considerarse como un reflejo de las alegrías celestiales.

El oficio da principio á las doce de la noche del sábado santo.

La iglesia del Santo Sepulcro presenta en aquella hora solemne el aspecto más grandioso y deslumbrador. La inmensa nave puede apenas contener el gran número de peregrinos que acuden de todos los ámbitos del mundo, y que agitando las hachas encendidas entonan á grandes gritos el glorioso cántico de *¡Alleluya! ¡Alleluya!*

¡Alleluya! ¡Alleluya! gritan á su vez las mujeres y los niños que llenan las espaciosas galerías, levantando en alto los perfumados cirios y atronando los espacios con el solemne cántico que repiten regocijadas las imponentes bóvedas.

Los obispos, cubiertos de oro y pedrería, precedidos de turiferarios que embalsaman la atmósfera elevando hasta los pies de Dios azuladas nubes de incienso y seguidos de un gran número de sacerdotes cubiertos todos con la capa pluvial blanca bordada de oro, dan la vuelta al Santo Sepulcro, entonando himnos á la Resurrección, en tanto que la multitud entusiasta que acompaña la procesión continúa gritando:

¡Alleluya! ¡Alleluya!

El domingo se celebra el oficio del día con una magnificencia sin rival. Lámparas, candelabros, ornamentos y hasta las riquísimas colgaduras que adornan las paredes, todo es allí ofrenda de reyes y emperadores, ó donativo de la Europa cristiana.

En la puerta del Santo Sepulcro se coloca un altar donde el padre guardián, después de oficiar de pontifical, da por su mano la comunión á todos los peregrinos.

La fiesta dura todo el día, y aun después de cerrar la noche todavía resuenan los cánticos sagrados en el sepulcro del Dios-Hombre, confundidos con ¡*Alleluya!* ¡*Alleluya!* que repiten á lo lejos las perfumadas bóvedas.

II

La pascua de Resurrección en Roma.

En Roma las ceremonias de la Resurrección dan principio también en el sábado santo, con esa magnificencia que despliega en todas las solemnidades religiosas la Jerusalén de Occidente.

A las cinco de la tarde se celebra en una de las iglesias de la plaza del Pópolo la primera misa de Pascua, según el rito de los *armenios unidos*.

El obispo que oficia, revestido de ricos ornamentos orientales y ostentando una blanca y venerable barba, aparece rodeado de un gran número de asistentes que arrastran espléndidas dalmáticas de púrpura y oro.

Dos de ellos sostienen en el aire una banda de seda blanca con franjas de oro, y durante la elevación de la Hostia, otros dos asistentes tienden ante los ojos del oficiante un blanquísimo paño de lino como símbolo del misterio que rodea al ser increado.

Al terminar la misa se reparten un gran número de panes ázimos, adornados con la efigie del Cordero Pascual.

¡Pero la gran fiesta romana, la que nuestra pluma no acertará jamás á describir, es la del gran día de pascua, la que celebra el Santo Padre en la basílica de San Pedro.

La entrada del Pontífice Rey, conducido en la silla gestatoria á través de la colosal basílica, es un espectáculo único en el mundo, una solemnidad augusta, que forma maravilloso contraste con la pompa teatral de los armenios.

Al ver al Santo Padre con su sonrisa evangélica, con su frente radiante de pureza, caminando en su silla sobre la multitud apiñada, y acariciado por cuatro grandes abanicos de plumas, el corazón palpita, el espíritu se exalta, y el espectador cree asistir á la transfiguración de un bienaventurado que los ángeles conducen en triunfo hasta los pies de Dios.

Al describirnos la magnificencia de los oficios de pascua en la catedral de San Pedro, uno de los peregrinos que ha pasado en Roma la semana santa del año de gracia de 1884, anonadado ante la idea de tanta grandeza, encorvado bajo el peso de aquella misteriosa y augusta bendición, exclamaba con toda la fe de un corazón ardiente y apasionado:

—¡Señor! ¡Señor! ¿Cuál será la grandeza de Jesucristo si la vista de su Vicario en la tierra produce en el alma tan maravillosa sensación?



PENSAMIENTOS

La moral enseña á moderar las pasiones, á cultivar las virtudes y á reprimir los vicios.—*Lamennais*.

—Aquel que todo lo aplaza no dejará nada concluido ni perfecto.—*Demócrates*.

—Si no quieres parecer ridículo, procura no hablar siempre de lo mismo.—*Duglibel*.

—Dícese que es sacrilegio vender las cosas sagradas, y ¿hay algo más sagrado que la sangre del hombre?—*Federico II de Prusia*.

—La vida no es más que un dolor permacente; el placer es un mero paliativo del dolor.—*Veri*.



EXPLICACIÓN DE LOS GARBADOS

Núm. I.—Vestido de interior para señorita de doce á catorce años.

Es de una tela rizada que no se arruga, de una lana finísima con listas de raso amarillo, un tejido nuevo que sirve por su finura y poco bulto para llevar encima los trajes de seda. Es de una sola pieza, hecho en telar como las camisetas de abrigo; una guarnición fruncida con cintas de seda y lazos en el bajo, que se reproduce en el escote. Las mangas separadas se recogen con una tira forma de pañuelo para que no abulten con el vestido de encima, que debe ser de fulard ó muselina de la India, muy claro, á fin de que se transparente el interior.

Núm. 2.—Traje de paseo para niña de ocho á diez años.

Es de lanilla de primavera, rayada, forma polaca, cortado en toda su altura y abierto en el delantero, dejando ver una tira de tafetán á cuadros blancos y negros. Manga ancha hasta el codo y puño liso. Cuello cuadrado muy ancho que cae sobre los hombros y se prolonga por la espalda. Cinturón con hevilla.

Núm. 3. Grupo de niñas.

Figura 1.^a—Vestido de lanilla listado de blanco sobre fondo gris, falda lisa con una tira de terciopelo en el bajo, cuerpo fruncido y manga ancha con puño de la misma tela, guarnecido con tiras de terciopelo labrado.

Figura 2.^a—Vestido de niña en tela de primavera, adornado con tiras bordadas en el bajo; cinturón, cuello y puños.

Figura 3.^a—Niña de cinco años. Traje de primavera, fruncido en el talle, con canesú bordado; manga ancha con puño bordado, reproduciéndose el mismo adorno en el bajo de la falda y el cinturón.

Figura 4.^a—Un niño con traje de marinero.

Figura 5.^a—Niña de ocho á diez años. Traje de alpaca color de ciruela, abierta la falda en un costado y guarnecida toda alrededor con una tira de pasamanería blanca. Cuerpo cruzado con solapas puntiagudas en los hombros, abierto en el pecho, dejando ver la camiseta de fulard, con cuello alto. Manga ancha hasta el codo, puño y vuelta de pasamanería.

Núm. 4.—Traje de paseo para niña de diez á doce años.

La tela es de lanilla rayada. Falda redonda con una tira de terciopelo en el bajo, una ancha y dos estrechitas. Cuerpo Figaro, dejando ver el corselet de la misma tela y la camiseta de fulard blanco con lunares negros. Las vueltas del Figaro en punta, duplicada de terciopelo en el pecho y los hombros. Manga muy ancha y puño de terciopelo.

Núm. 5.—Sombrero para niñas de dos á cuatro años.

Confeccionado sobre tul, con encajes y cintas que le guarnecen todo alrededor.

ANA RUIZ.



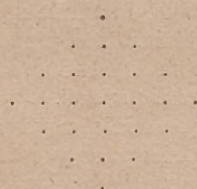
CHARADA

Primera preposición;
como símbolo y bonitas
cuando dan el corazón,
el *todo* con emoción
lo llevan las señoritas.

(Solución en el próximo número.)



JEROGLÍFICO



Sustituyendo los puntos por letras formar en sentido horizontal y vertical:

Primera y séptima, vocal cuya letra ha de rodear el cuadro; segunda, parte de un ave; tercera, tiempo de un verbo; cuarta, nombre de un armario; quinta, nombre de una mies; sexta, un ídem de mujer.

M. SERENA AVILÉS.



SOLUCIÓN DE LA FUGA DE VOCALES DEL NÚMERO ANTERIOR

¿Sabéis quien la alegría
le robó á un padre?
¡Ver que su hija estaba
sin una madre!

Y la decía:
Si yo pudiera,
por traer á tu madre
la vida diera.

S. A.

*
* *

SOLUCIÓN DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

MARÍA

M. S. A.